

20 cms

ANT-XIX-1282/11

R-73.734



DISCURSOS

PRONUNCIADOS

EN LA SOLEMNE INVESTIDURA

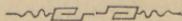
DE

DOCTOR EN DERECHO,

SECCION DE DERECHO CIVIL Y CANÓNICO,

DE LOS SEÑORES

D. JOAQUIN ALCAIDE Y MOLINA, D. LUIS
ASCARZA DE LA TORRE, Y D. FRANCISCO
CABALLERO INFANTE Y ZUAZO.



SEVILLA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE HIJOS DE FÉ,

TETUAN 35 Y SIERPES 21.

1870.

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL SR. DON RAFAEL LAFFITTE Y CASTRO,

DOCTOR EN LA FACULTAD DE DERECHO,

AL PRESENTAR AL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA
Y PEDIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN LA FACULTAD DE DERECHO,
SECCION DE DERECHO CIVIL Y CANÓNICO PARA LOS LICENCIADOS EN LA
MISMA, SEÑORES

D. JOAQUIN ALCAIDE Y MOLINA, D. LUIS ASCARZA
DE LA TORRE, Y D. FRANCISCO CABALLEBO
INFANTE Y ZUAZO.

ILMO. SEÑOR:

Los relevantes méritos de los candidatos que tengo la honra de presentar, la alta significacion de que siendo catedráticos y doctores en la facultad de filosofía y letras vengan á recibir igual investidura en la de derecho, y por último, la inutilidad de hacer el elogio de tan distinguidos claustrales me hacen esperar que V. S. I., dispensándome la benevolencia que le caracteriza, permitirá que rompiendo la constante tradicion seguida en estos actos, dedique los momentos que el reglamento me concede á hacer algunas reflexiones sobre la necesidad de unir los estudios filosóficos con los jurídicos y á considerar

la importante mision que al magisterio está hoy encomendada.

Mis apadrinados, Ilmo. Sr., han comprendido con elevado criterio la necesidad de completar sus profundos estudios con el conocimiento de las aplicaciones del derecho escrito que son la realizacion de la justicia social; porque sin ese consórcio entre filósofos y juristas no es posible hacer prácticas las verdades concebidas por la ciencia para aplicarlas á la justa gobernacion de los pueblos en sus diversas necesidades. La filosofia es el árbol de que brotan cual diversas ramas los estudios especiales, pero ella es la síntesis del saber humano, porque ya estudia al hombre en sí mismo analizando sus facultades morales é intelectuales y buscando la misteriosa relacion del espíritu con la materia; ó le estudia dentro de la colectividad analizando las causas y explicando los efectos de esa série de hechos continuos, variados y al parecer contradictorios que enlazándose entre sí como eslabones de una inmensa cadena forman la historia del mundo. El arte con sus creadoras manifestaciones, la literatura, reflejo del estado de una época, la religion, las empresas guerreras y mercantiles y las legislaciones de los pueblos vienen á ser examinadas por la filosofia para explicar la mision de cada uno y el influjo que han ejercido en el gran drama social: marcando siempre estas observaciones un nuevo progreso sobre el que anteriormente estudió.

Pues bien, Sr., si la justicia es la realizacion del derecho en todas sus manifestaciones lo mismo en el individuo que en la colectividad, solo la filosofia puede determinar el círculo que alcanza porque solo ella ha examinado al hombre en todas sus cualidades, en todas sus relaciones y á la humanidad en su

evolucion histórica. Nosotros, jurisconsultos, hemos estudiado la antigüedad sin ver mas que á Roma con sus códigos, los mejores monumentos de la inmensa grandeza que sobrevivieron al torrente destructor de la edad media; ¿pero son acaso, ni pueden ser aquellos preceptos expresion de justicia cuando allí no se reconoció la igualdad del hombre con el hombre, y el individuo era sacrificado al progreso social, absorbente siempre y nunca medio de perfeccion en relacion directa con él?

No: era que la filosofia habia enmudecido con la destruccion de Grecia, heredera y depositaria de las civilizaciones orientales desde la índica á la egipcia y la hebráica y hasta el siglo XVIII no habia de encontrar continuadores del divino Platon y el sublime Aristóteles; porque nada significan para el adelanto de la ciencia aquellas escuelas del bajo imperio que solo expresan las perturbaciones del espíritu en una raza degradada á quien aniquilaba su prostitucion y que hacia abdicar su poder á los degradados Césares en la idea expresada por el peregrino cristiano y en la fuerza representada por el indomable nómada. Cuando el progreso social es superior al individual viene la degradacion de las naciones, ahí teneis á Bizancio: cuando el individual le es superior esa voz misteriosa que no se sabe adonde habla, pero que todos oyen y se llama opinion pública destruye al poder que se le opone, ahí teneis la revolucion francesa.

En nuestra pátria quiso nuestra mala fortuna que no solo se abandonáran los estudios filosóficos, sino que fuera señal cierta de locura el dedicarse á ellos: hace tiempo que estamos recogiendo el fruto de tamaño extravío en el fanatismo en sus dos manifestaciones ó pretendiendo oponerse á todo progreso

racional y hacer retroceder al mundo en su carrera; ó queriendo atropellar todas las instituciones, familia, pátria, religion, propiedad.

Vosotros, mis queridos apadrinados, que sois filósofos y jurisconsultos, y ocupais dignísimamente un puesto en el magisterio, cumplid vuestra noble y penosa tarea enseñando la verdad en la cátedra, y demostrando la necesidad, hoy mayor que nunca, de unir los estudios de filosofía con los de derecho, para combatir y vencer la perturbacion que existe en las ideas, y cuyo mas activo combustible es la ignorancia. Tiempo es ya de que con ánimo sereno é inquebrantable voluntad los hombres dedicados á la ciencia propaguen en la tribuna, en la cátedra, con el libro y el folleto la necesidad histórica de que comience el período de reconstruccion: es necesario poner la ciencia al alcance de todos, y hacer entender que sin familia no hay pátria, sin religion no hay familia, y sin ilustracion no hay virtudes. No me causan espanto esos mónstruos que amenazan hoy el equilibrio social y se llaman socialismo en política, ateísmo en religion, materialismo en ciencia, porque solo son negaciones de la verdad; y en la lucha esta brillará mas pura: lo que aterra es la degradacion de los pueblos latinos, por eso es necesario levantar su espíritu y llevar la instruccion de la ciudad á la aldea, y de la aldea á la cabaña.

Ilmo. Sr.: vais á investir al Doctor en las facultades de Teología y Filosofía y Letras, Catedrático por oposicion en esta escuela, D. Joaquin Alcaide y Molina: solo diré que su mérito debe compararse á su modestia: vais á conferir igual honor á los Doctores D. Francisco Caballero Infante y D. Luis Ascarza, jóvenes que la Universidad se enorgullece de tener por hijos: yo les felicito de recibir las insignias de manos

de un ilustre maestro que ha dedicado su vida en provecho de la juventud.

Antes de terminar mi grato encargo quisiera expresaros mi gratitud por la honra que me habeis hecho eligiéndome para presentaros al cláustro, pero solo me atrevo á deciros, «no me olvidéis:» guardad el recuerdo de este dia, guardadlo en vuestra memoria; y al confundirnos los cuatro en fraternal abrazo, sea este vínculo estrecho que no se rompa mientras palpiten nuestros corazones. Id ya, amigos míos, á recibir el premio de vuestros méritos, y ojalá siempre las flores del triunfo coronen vuestras altas empresas.—He dicho.





DISCURSO DOCTRINAL

PRONUNCIADO

POR EL SEÑOR DON JOAQUIN ALCAIDE Y MOLINA,

DOCTOR EN LAS FACULTADES DE SAGRADA TEOLOGÍA

Y FILOSOFÍA Y LETRAS.

ILMO. SEÑOR.

Dispensadme si, al empezar un discurso en que se trata del origen é historia del Pontificado católico, prescindo, para hacer su exordio, de toda clase de consideraciones y me fijo desde luego en la importancia del asunto.

Grande ha sido siempre esta, como grande es, desde que existe, esa institucion maravillosa que, á los ojos de la Ciencia, de la verdadera Filosofía y de la Historia, aparece sobre-humana, y por lo tanto difícil ya que no imposible de ser humanamente explicada. Débese á esto sin duda que, el Pontificado, como todo lo extraordinario, todo lo de influencia poderosa y permanente, como la Verdad, como Jesu-Cristo, encarnacion de ella en la tierra y fundador del poder de que tratamos, haya siempre provocado enérgicamente las simpatías ó antipatías, el amor ó el ódio, la entusiasta admiracion ó la persecucion sistemática de los hombres.

Inútil parece detenernos á exponer la importan-

cia que, en el orden especulativo ó científico, alcanzó siempre, principalmente desde el siglo XIV, la cuestion técnicamente llamada *De romano Pontífice*: á propósito de esto, decía el célebre cardenal Belarmino—que «cuando se habla de Pontificado, se trata de toda la religion cristiana.»

Considerada históricamente esta institucion, nada hay que la iguale en importancia y, si es permitida la expresion, en histórica grandeza; de ella puede decirse, sirviéndonos de una frase usada en el lenguaje de las escuelas modernas, que le han venido cortos el tiempo y el espacio, y hubo un dia, una época importantísima en la historia del mundo en que todo lo abarcaba, y en que, cual sol esplendente y benéfico, todo lo vivificaba, pues casi toda la Humanidad era la Iglesia y la Iglesia era el Pontificado.

Pero quizá toma la mayor importancia esta cuestion de las circunstancias en que á la sazón se encuentran la Europa y el Pontífice-rey; jamás fueron tan críticas y solemnes, como quiera que acaso empieza para el Pontificado y lo que representa la época mas importante de su vida. Por otra parte, imposible es que no se reflejen en el ánimo, conmoviéndolo profundamente, el trastorno, la violencia que hoy experimenta institucion tan augusta y secular. ¿Cómo asistir, sosegado el espíritu y tranquilo el corazón, á semejante catástrofe? Posible es que, al tratar de uno de los poderes que, hace diez siglos, es atributo del Pontificado, la Historia se detenga y escriba, por ahora, su última página. En presencia de este peligro, parece más necesario que nunca detenerse á considerar, acercándose á él para conocerle mejor, el *origen y la historia del poder espiritual y temporal de los Papas*.

El carácter esencialmente histórico de la tesis no

permite dudar del método que debe emplearse en su exposicion. En efecto, no habiendo nacido el Pontificado con el atributo del poder temporal, que andando el tiempo hubo de adquirir, la sola cronología nos lleva naturalmente á tratar primero del poder *espiritual*, que es como su esencia.

El Pontificado y su poder espiritual aparecieron juntos, simultáneamente, ó sea cuando Jesu-Cristo, su fundador, dió la última mano á la obra admirable de su Iglesia: de la naturaleza de ésta brota espontáneamente, como la flor de su tallo, el *primado* de honor y jurisdiccion del Príncipe de los Apóstoles que, trasmitiéndose íntegro y perfecto á todos sus sucesores en el episcopado romano, recibió el nombre histórico de Papado. El fundamento de la constitucion de la Iglesia y al propio tiempo la idea más fecunda de esta grandiosa institucion es la diferencia profunda entre clérigos y legos, entre los que mandan y los que obedecen, ó sea la existencia de una gerarquía de origen y derecho divino, encaminada á ejercitar exclusiva y perpétuamente los tres grandes poderes de la sociedad eclesiástica, á saber, la enseñanza de la doctrina, la administracion de los sacramentos y la potestad administrativa y jurisdiccional. Pero en esta gerarquía eclesiástica, como en todas, debia haber por necesidad grados diferentes que señalaran un aumento ó sea porcion mayor de autoridad y de poder; tal es la organizacion de todas las instituciones de gobierno, la que ciertamente no podia faltar á la que vino al mundo como modelo y ejemplar de sociedades perfectamente establecidas y gobernadas; por esto fué colocada por el constructor una como piedra angular en el edificio de su Iglesia: por esto dió á este nuevo cuerpo social una cabeza, á este rebaño prodigioso un pastor necesario; por es-

to, en fin, el Pontificado cristiano se coloca como rector supremo sobre todas las autoridades encargadas tambien por derecho divino de gobernar y dirigir las sociedades cristianas.

Lo que el estudio de la naturaleza de la Iglesia nos enseña acerca del poder espiritual de los Papas, confirmanlo de consuno la historia de su establecimiento y su derecho escrito. Nada mas claro y terminante que el propósito de Jesu-Cristo de establecer en la Iglesia un poder supremo, soberano y personal, cuya altísima importancia, cuya necesidad absoluta lo convertia en perpétuo, haciendo que se extendiera á todo el trascurso de los siglos. Multitud de hechos y dichos del Salvador, consignados en el nuevo Testamento, atestiguan esta verdad, resultando de ellos la preeminencia de S. Pedro sobre todos los demás Apóstoles, por la que se ha llamado con justicia Príncipe de todos ellos; á él se dieron especial y particularmente todos los derechos y prerogativas que sólo para la época constituyente de la Iglesia y por una sola vez se confiaron á los demás Apóstoles; á él se entregaron las llaves del Reino de los Cielos, metáfora que significa una superioridad incontestable; á él se encomendó el cuidado de apacentar toda la grey, así á los fieles como á los Obispos; diósele además el encargo de confirmar en la fé á todos sus hermanos, si por desgracia llegaba alguna vez el momento terrible de una duda ó vacilacion universales; por último, el primer Pontífice, S. Pedro, mereció de Jesu-Cristo, de sus hermanos en el apostolado y de toda la cristiandad de aquel tiempo, siempre y en todas ocasiones, muestras elocuentes de la consideracion y respeto debidos á la primer autoridad eclesiástica. El origen, pues, del poder espiritual de los Papas proviene, á no dudarlo, de la íntima natu-

raleza de la Iglesia y de la espresa voluntad de su divino fundador.

Por lo demás, la Historia pone de manifiesto en cada una de sus páginas la supremacía gerárquica y la influencia soberana de los Papas desde los primeros tiempos: la organizacion de la Iglesia planteada ya por los Apóstoles fué poniendo de relieve y señalando más y más la autoridad pontificia, no obstante lo poco definido de las autoridades intermedias entre aquella y los fieles en la época, por decirlo así, de incubacion ó propaganda y que comprende principalmente el siglo primero, extendiéndose además hasta el triunfo completo de la Iglesia en tiempo de Constantino. Siendo el Obispo el centro de unidad de la Diócesis y el Metropolitano el de la Provincia, faltaba el de las Metrópolis entre sí, la clave de la bóveda de la Iglesia; mas esta piedra habíala colocado Jesu-Cristo en Pedro, Obispo de Roma; él era, pues, el centro superior de unidad. «Una especial Providencia, dice un respetado escritor, colocó á la cabeza de la primera comunidad cristiana en la capital del mundo pagano al apóstol escogido, á quien el hijo de Dios habia concedido la preeminencia sobre sus colegas. Roma, ciudad tan eminentemente práctica, como científica y especulativa la Grecia, se convertia de esta suerte en centro de la accion del Cristianismo, práctico tambien en sus tendencias, convirtiéndose asimismo los sucesores de Pedro en sucesores de su primacía y autoridad.»

Contestes están todos los testimonios de la tradicion en atribuir al Papado una autoridad superior, que por otra parte la práctica de la Iglesia universal confirmaba á cada paso. S. Clemente de Roma es ya una prueba inequívoca de esto; S. Ignacio de Antioquía la reconoció, y dice que la Iglesia de Roma pre-

sidia la alianza del amor, es decir, á toda la Cristianidad; S. Ireneo afirma que todos los fieles deben estar unidos á la Iglesia romana en virtud de su potente primacía; y á su vez S. Cipriano explica esta primacía segun la esencia misma y el fin sublime de la Iglesia. «En virtud de la unidad, escribe, la Iglesia está fundada sobre Pedro; Pedro es el hogar, el centro de la Iglesia; él ha trasmitido su primacía á la Iglesia romana, y por lo mismo la silla episcopal de Roma es la misma silla de Pedro, y la Iglesia de Roma la primera de todas las Iglesias, debiendo estar unidos al Obispo de Roma todos los Obispos del mundo.» Este gran prelado confirmaba con sus hechos sus palabras; así fué que excitó á Estéban, obispo de Roma, á deponer á Marciano, Obispo de Arlés, partidario de los Novacianos, y á que eligiese otro en su lugar; tambien le envió las actas de los concilios de África contra las pretensiones de Felicísimo, y las decisiones tomadas contra los cristianos renegados durante la persecucion. La autoridad suprema de Roma, como privilegio de los sucesores de Pedro, fué reconocida por los Obispos, ya espontáneamente, ya respondiendo siempre que se les solicitaba: en prueba de esto puede recordarse la conducta de Estéban en el asunto de los nuevamente bautizados, la de Cornelio en el de Novato y Felicísimo, la de Dionisio contra Pablo de Samosata y otros muchos que pudieran citarse; por último, el mismo Emperador Aureliano reconoció ya la preeminencia del Obispo de Roma. De esta suerte, se manifestó desde muy temprano en sus caractéres fundamentales la organizacion regular y firme que debia constituir la unidad de la Iglesia y que, segun los tiempos y circunstancias, debia extenderse, fortificarse y llegar á su complemento.

Propio era el espíritu de esta, que puede llamarse edad de oro de la Iglesia, para desarrollar y consolidar la supremacía de Roma, cuyo Obispo era realmente el Gefe supremo del Cristianismo: se encuentran ciertos hechos de carácter general en la época á que nos referimos, que debian producir necesariamente el poder tutelar de los Papas: las violencias ejercidas á veces por algunos obispos en todos los grados de esta gerarquía obligaban á los oprimidos á buscar en Roma defensa y apoyo contra la autoridad de los que así se manifestaban arbitrarios; de lo que se desprende que los Romanos Pontífices no usurparon derechos ni invadieron jurisdicciones episcopales, porque siendo esto cierto, no habrian apelado los oprimidos al opresor, no habrian recurrido á Roma obispos, blanco de la persecucion, como S. Atanasio, Eustaquio de Antioquía, S. Cirilo de Alejandria y S. Juan Crisóstomo. Además, al paso que, en las controversias difíciles sobre los dogmas, se veian frecuentemente vacilar y aún caer de la fé á Obispos y Patriarcas, los Papas perseveraron siempre en la profesion de la verdad católica. «La historia de las controversias de este período, dice un protestante, prueba cuánto ganó en consideracion la silla de Roma por la perseverancia con que los Obispos romanos sostuvieron sus doctrinas en materia dogmática y por la constante victoria que siempre alcanzaron.» Pero mas que nada contribuyeron á fortalecer la autoridad suprema del Papado las apelaciones y preguntas dirigidas de todas partes á los Pontífices, los Legados apostólicos enviados á todos los lugares de la iglesia para representar y ejercer esta autoridad, y las leyes imperiales que reconocian y confirmaban el Primado Pontificio. De esta manera, reconocido universalmente el Obispo de Roma como gefe supremo

de la Iglesia en concepto de sucesor de S. Pedro, pudo decir S. Agustin: «El juicio de Roma es el juicio de la Iglesia; no tiene apelacion, y debe ser acatado y cumplido en todas partes: todo el que es condenado por Roma, lo es asimismo por la cristiandad entera; cuando habla Roma, debe callarse y desaparecer el error.» Basta para dar una idea cabal de la supremacía pontificia en estos tiempos citar los nombres de S. Leon el Grande y de S. Gregorio Magno.

Nos acercamos, Ilmo. Sr., siguiendo la vida del Papado á la época más dramática, más fecunda é interesante de la Historia, á la Edad-media, época en que la sociedad europea toma un rumbo y un carácter que conviene conocer: este carácter y este rumbo fueron hijos de la influencia de la Iglesia católico-romana sobre los pueblos germanos y slavs, á quienes debia, como ántes hizo con los greco-latinos, domoñar con el yugo suave de su enseñanza: al exponer esta influencia, un historiador ilustre se expresa de la siguiente manera: «Son estos pueblos desde luego un teatro nuevo donde toma la accion del Cristianismo formas especiales. Constituyen la Europa occidental; no la vieja Europa, conocida desde tan antiguo, sino una Europa al parecer reciennacida, habitada por razas extranjeras que levantan un nuevo orden social sobre los despojos de la dominacion romana; y á pesar de ser conquistadoras y de llevar uncida á sus banderas la victoria, sujetan su espíritu y su corazon á la Religion y á la Iglesia de los pueblos que han vencido. Frente á estos pueblos y en estos tiempos se nos presenta la Iglesia bajo un aspecto nuevo y con una influencia que no habia podido ejercer ántes: fuerte por haberse apropiado las luces y la civilizacion del mundo romano, fuerte por su mision providencial y fuerte sobre todo por

la poderosa unidad de su sólida gerarquía, llega á ser en esta época la *tutora* de las nuevas razas europeas, y á la sombra de este título, penetra inmediatamente en todas las relaciones públicas y privadas, extendiendo su jurisdicción hasta sobre asuntos puramente civiles, se hace jefe de la sociedad y llega al apogeo de su poder el Pontificado como árbitro y juez entre los Príncipes y los súbditos, entre los Pueblos y los Estados.» Algunos escritores no han visto en esta nueva extensión del poder de la Iglesia sino un objeto de amarga censura, como origen de todos los males de la Edad media, pero otros más templados y sin duda más justos, han reconocido en ella el único medio de conservar durante esta infancia de la sociedad civil europea toda especie de cultura intelectual y moral, y el único medio también de preparar y facilitar para los siglos posteriores el desarrollo de esa cultura. Esta acción benéfica de la Iglesia, esta influencia saludable del Pontificado en la Edad media han sido altamente reconocidas y defendidas por hombres de talento indisputable, cuya escuela y profesión de principios impiden que se les crea parciales. Herder, el panegirista espiritual de la humanidad, dice en sus *Ideas*: «La gerarquía romana era quizá un yugo necesario, indispensable, para las rudas generaciones de la Edad media; sin ella la Europa hubiera sido probablemente el juguete del despotismo, un cuadro de luchas eternas é implacables. Todas las luces actuales, cuyas consecuencias no permiten aún apreciar el génio emprendedor de la Europa reconocen por origen y han brotado de la gerarquía única, que á la caída del Imperio, supo sostener y pudo dirigir al género humano.»

Es evidente que influjo tan poderoso y como consecuencia de él la empresa grandiosa que acabamos

de exponer, no hubiera podido realizarla la Iglesia por el medio solo de su organizacion gerárquica y fuerza moral, sin haber unido al Pontificado un poder extraordinario, sin haber logrado la perfeccion de la independenciam y de la soberanía. Logróla en efecto por la adquisicion del poder temporal en el siglo octavo, acontecimiento y el mas original de la Historia. Hoy que tanto se niega al Pontificado, y que además acaba de arrebatársele, conviene detenerse á exponer la historia de su origen, á fin de evidenciam su razon y su justicia. Al desaparecer el Imperio de Occidente con Rómulo Augústulo, la Italia fué presa de los pueblos septentrionales, que se disputaron hasta el último despojo de su antigua grandeza. Roma, objeto principal de las irrupciones de estos pueblos, fué sucesivamente dominada por los Hérulos y los Godos, hasta que por último pasó á formar parte del Imperio de Oriente, en tiempo de Justiniano; mas no por esto dejó de padecer todos los males de un pais conquistado, pues los Emperadores griegos enviaban desde Constantinopla sus ministros que, guiados por la avaricia, se dividian el poder sobre los miserables restos de la dominacion romana. Los Exarcas griegos, que ejercian el mando en Roma, tenian su asiento en Rávena, y desde este punto gobernaban, por medio de un lugarteniente, á la ciudad que un dia habia dominado al mundo. No fué pacífica esta dominacion, amenazada como se hallaba Roma á cada paso por los Lombardos y puesta en desasosiego contínuo por las exacciones y la tiranía religiosa y política de Constantinopla. En medio de estas calamidades, el pueblo romano acudia frecuentemente á los Papas que, con su autoridad y paternal solicitud, procuraban por todos los medios posibles acudir á la seguridad y bienestar de los

fieles, ya protegiendo á los oprimidos, ya defendiendo á los ciudadanos contra el poder omnímodo y despótico de los ministros imperiales, llevando su santo celo hasta el punto de experimentar los efectos de la cólera de los Emperadores por la defensa que hacian de los romanos contra la opresion de los lugartenientes del César. De aquí resultó la influencia que insensiblemente fué adquiriendo el Pontificado, influencia que fué creciendo hasta el punto de que cansados, el pueblo romano y las poblaciones de su ducado, de la opresion continúa que ejercian sobre ellos el Imperio de Oriente y sus ministros, y del abandono en que los tenian en medio de las frecuentes incursiones de los bárbaros, dueños del resto de la Italia, resolvieron sacudir el yugo de la tiranía, entregándose espontáneamente á una dominacion mas dulce y paternal, teniendo por gefe á un soberano que residiese permanentemente en la ciudad, y que pudiese, al par que gobernarlos, protegerlos contra los enemigos exteriores. Este notable acontecimiento se verificó durante el pontificado de Gregorio II, siendo Emperador de Oriente Leon Isaurio.

Bajo la proteccion de este Emperador habíase formado la secta llamada de los *Iconoclastas*, que perseguia el culto de las imágenes y castigaba á sus veneradores, viéndose los católicos amenazados hasta con la muerte por los sectarios y los enviados de Constantinopla; en vano procuró el Papa convertir al Emperador á la fé católica y sostener á la Italia en sumision. Leon persistió en su heregía, y aprovechando los Lombardos estos momentos para ensanchar sus conquistas, supieron exacerbar el descontento de los pueblos por los tributos cada vez más onerosos que se les exigian de Oriente, consiguiendo

que los italianos se insurreccionaran, dieran muerte al Exarca de Rávena y sacudieran en casi todas partes el yugo de los Emperadores de Constantinopla. Desesperados los pueblos de la Italia central, viéndose en el trance de elegir entre la tiranía de los Lombardos y el despotismo de los Césares de Bizancio, volvieron los ojos al Papa, á quien la experiencia les habia mostrado como el mas sábio consejero y firme protector en las vicisitudes y contiendas de aquella época. De esta manera se vió el Papa obligado á aceptar una cuasi-soberanía sobre Roma, Ancona, Fano, Rímíni, Pésaro, Rávena y Pádua. Gregorio exhortó de nuevo á los italianos á la debida obediencia al Emperador, suplicándole al mismo tiempo á que diese fin á la guerra de los Iconoclastas y cuidara con más celo del bienestar de sus súbditos; mas la respuesta fué enviar una armada contra Italia y contra Roma.

A la sazón los Lombardos y los Francos amenazaban mas que nunca la independendencia de la Italia central y de Roma: viéndola el Papa en tan grave peligro invocó aunque en vano el socorro de Cárlos Martel; era imposible además, fueran cualesquiera las circunstancias, esperar auxilio de Constantinopla: el Papa Zacarias llegó por sí solo, cual si fuera soberano perfecto, á negociar paces con el Rey de los Lombardos; mas habiendo estos invadido poco despues el Exarcado, sus habitantes volvieron tambien los ojos á Zacarias para que mediase y el Papa volvió aunque en vano á invocar con súplicas y regalos el auxilio del Emperador, que no parecia sino que habia resuelto entregar la Italia al furor de sus enemigos. Dirigióse algun tiempo despues el Papa Estéban II sucesor de Gregorio, á Pepino, que lo era á su vez de Cárlos Martel, cuyos derechos á la corona de los Fran-

cos habia el Papa, ejerciendo un arbitraje supremo, proclamado solemnemente. Pepino y sus hijos fueron consagrados por el Papa otorgándoles el patriciado y protectorado de Roma y de la Iglesia, por lo que, agradecido el rey franco, despues de vencer á los Lombardos, donó, y puede decirse restituyó, al Papado, las ciudades que componian anteriormente el Exarcado griego.

Hé aquí la célebre donacion de Pepino, confirmada despues solemnemente y aumentada por su hijo Carlo-magno, cuya coronacion como Emperador, verificada por el Papa el año 800, selló la alianza entre el Pontificado y el Imperio que tan fecunda habia de ser para el mundo de la Edad-media. Por lo que hace al pueblo romano, acostumbrado como se hallaba á reconocer en el Papa su protector y soberano, no consideró la donacion sino como una restitucion debida, y lleno de júbilo, prometió obedecer en adelante á su Obispo como á su Rey.

Tal aparece fielmente de la Historia el origen del poder temporal de los Papas, que aunque Gefes de la Iglesia, supremos jueces en su gerarquía, no habian poseido hasta entónces ninguna soberanía humana, estando su reino fuera de la tierra. Mas desde ahora la espontánea adhesion de los romanos y la donacion de Pepino los coloca realmente en la categoría de Príncipes de la tierra, y como este suceso ha servido de base al reino más antiguo de Italia y ejercido gran influjo en las vicisitudes de este país, naturalmente ha fijado más que ninguno otro la atencion de los historiadores y publicistas modernos.

El original de la donacion de Pepino no se conserva, pero los cronistas que la mencionan de comun acuerdo y una série de confirmaciones hechas poco despues no dejan duda acerca de su existencia: esta

donacion comprendia á Roma, Rávena, Rímini, Pésaro, Cesena, Fano, Sinigaglia, Jesi, Ferlimpópoli, Forli, Montefeltro, Acceragio, Monlucati, Serra, Castello, San Mariano, Bebro, Urbino, Sagli, Luculi, Agobio, Camacchio y Narni. Revestido así el Pontificado de la soberanía temporal de estas ciudades del centro de Italia, pudo ejercer con mas independencia su supremacía espiritual en esta época de fuerza y de violentas luchas, á la vez que servir de mediador entre los dominadores de las demás partes de la península itálica: y en efecto, de un lado todavia los Emperadores de Constantinopla se hallaban en posesion de una parte de Italia, no como sucesores legítimos de los antiguos Césares, sino á título de conquista y tratándola en clase de tal, despues de haberla arrebatado sus antiguos privilegios; de otro lado, reyes extrangeros, armados y amenazadores, que juran y violan sus juramentos, que devastan las ciudades, exterminan las poblaciones y lo entran todo á sangre y fuego; por una parte la dominacion griega, lejana, irresoluta, arrogante, insoportable por sus exacciones y tiranía de las conciencias y por otra los Longobardos que quitan á sus vencidos leyes, bienes, magistrados y hasta la complacencia de llamarse italianos; y en medio de estas dos opresiones, de estas dos tiranías, procurando civilizar á estos pueblos y hacer menos frecuentes y más humanas las luchas de sus jefes, aparecen á nuestra vista los Pontífices, reyes de Roma, ancianos sacerdotes, elegidos por el pueblo, sacados de su seno y que en medio de su pueblo oran, escriben, hacen procesiones, envian embajadas, van en persona á implorar entre los combatientes paz y justicia, y á lo sumo y solo en circunstancias peligrosísimas reúnen un puñado de hombres armados para defenderse. ¡Cuán perfectamente

se comprende á la vista de este contraste la poderosa influencia, el ascendiente irresistible que habian de ejercer los Papas sobre todos los pueblos y todos los poderes que le rodeaban! ¡Qué providencial aparece ahora la reunion de las soberanias espiritual y temporal en el Pontificado romano durante esta Edad histórica!

Verdad es que esta institucion augusta fué algunas veces víctima de trastornos y violencias, principalmente durante la influencia toscana en Roma y con ocasion tambien de las perturbaciones que con frecuencia acarrea á Europa la sucesion de los Emperadores alemanes; pero fué pasajero esta especie de eclipse, pues ya durante el reinado de los emperadores de las razas sajona y franconia cobró brios el espíritu de reforma en Papas enérgicos y virtuosos que formaban elocuente contraste con príncipes déspotas y licenciosos; el poder de estos que subia á la par del pontificio, llegó á amenazar la independenciam de la accion de la Iglesia, la cual trajo la lucha entre los dos poderes rivales; lucha viva y ardiente en que vencieron con Gregorio VII el Derecho, la Justicia y la razon. Rotos ya los lazos de las *investiduras*, el Pontificado desplegó magestuoso vuelo, remontándose con Alejandro III é Inocencio III al grado más alto de poderío que han alcanzado los hombres. Pero ya á fines del mismo siglo XIII empieza la tendencia que se manifiesta más en el XIV en que el cisma de Occidente, el absolutismo de las monarquías y la ciencia jurídica comienzan á mermar las atribuciones del Pontificado, de cuya benéfica influencia vá prescindíéndose para la direccion de los pueblos.

Ábrese una nueva era con la Reforma protestante que niega en el Pontificado el principio de autoridad religiosa y política; y entre convulsiones, guerras y

disputas en que casi siempre brillaron en la Silla romana la sabiduría y todas las virtudes, empieza la época contemporánea, en que todas las instituciones se discuten, viven vacilantes, y se intenta una renovación social de todos los pueblos.

Plantéase en ella el apoyar sobre nuevas bases la existencia del Pontificado, árduo problema que empieza á resolverse á nuestra vista, depojándole de su *poder temporal*, mientras que el espíritu fecundo é inmortal que anima á la Iglesia, declarándole *infalible*, afirma más y más su *poder espiritual* y con él el reinado de la Verdad en la tierra.—He dicho.

DISCURSO DE GRACIAS

PRONUNCIADO

POR EL SR. D. FRANCISCO CABALLERO INFANTE Y SUAZO,

DOCTOR EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

EL DIA 23 DE OCTUBRE DE 1870,

EN EL ACTO DE RECIBIR LA SOLEMNE INVESTIDURA DE DOCTOR EN LA FACULTAD DE DERECHO,
SECCION DE DERECHO CIVIL Y CANÓNICO.

ILMO. SEÑOR:

La Teología, ciencia de Dios, y la Filosofía, ciencia de las primeras verdades, han venido hoy, aunque no cual merecen, representadas por nosotros, á demandar la union con su hermana la ciencia de la justicia, el Derecho. Encarnacion este de la severidad, de la balanza que equilibra, que dá á cada uno lo suyo adornase con el color rojo, emblema de la primera. Mas la esperanza simbolizada en el azul celeste de la Filosofía, y la pureza en el blanco del Teólogo vienen á templar, á mitigar su dureza, y á dulcificarla algun tanto. No existe desunion entre ellas. La una completa á la otra. La Teología, mostrando á Dios como la verdad absoluta, fuente de toda vida y origen de toda justicia, la Filosofía señalando los principios fundamentales de las cosas, y haciendo ver la perfecta armonía entre las deducciones de la razon y la fé, y el Derecho designando las

leyes de la sociedad y el justo límite en las relaciones de los hombres, demuestran su perfecta hermandad, y que solo son ramas distintas del mismo fecundo árbol, de la ciencia.

Compréndese ya, Sr. Ilmo., la dignidad de las insignias con que acabais de revestirnos. Ellas nos obligan, con vínculo, que solo la muerte podrá desatar, á ser los defensores del huérfano y del desvalido, y el amparo del menesteroso y agobiado. La justicia será nuestra norma, y fieles á sus mandatos nada bastará á apartarnos de la senda que nos traza.

Recibid, pues, el testimonio de gratitud correspondiente al señalado honor que nos habeis dispensado. Y sea tanto mayor, cuanto que de vos hemos escuchado, y yo en particular, lecciones elocuentes de esa legislacion admirable, que por sus magníficos preceptos mereció ser llamada la razon escrita.

Admitalo tambien este ilustre Cláustro, y especialmente el de Derecho, que hoy nos colma de honra y satisfaccion al admitirnos en su seno.

Con todo nuestro corazon se lo ofrecemos igualmente al jóven y esclarecido Doctor que nos ha favorecido dignándose apadrinarnos. Unido á él por vínculos especiales, sea esta ocasion motivo para darle á conocer la gratitud y el cariño que hácia él rebotan de mi alma. Él es ya una gloria de nuestro foro, y una esperanza de la tribuna española. Quiera el Cielo derramar sobre él, sus mayores y mas escogidos dones.

Acéptenlo los padres y familias de mis dignos compañeros, poseidos hoy de la mas justa alegria, así como esa piadosa y respetable señora refugio de mis primeros años y guía de los juveniles. A los unos deben mis amigos, á la segunda yo consejos y amonestaciones de ternura y cariño. De sus lábios salie-

ron esas palabras que nos recuerdan cada día nuestros deberes en órden á Dios, fuente eterna de sabiduría y ciencia, y á nuestros semejantes.

Al separarnos hoy de esas áulas donde hemos oído las esplicaciones de nuestros mas queridos maestros, justo es que les ofrezcamos como recuerdo de reconocimiento nuestros escasos conocimientos y la confianza de estar siempre y en todas ocasiones dispuestos á sacrificarlo todo por la Universidad de Sevilla.—He dicho.

ALEXANDER POPE

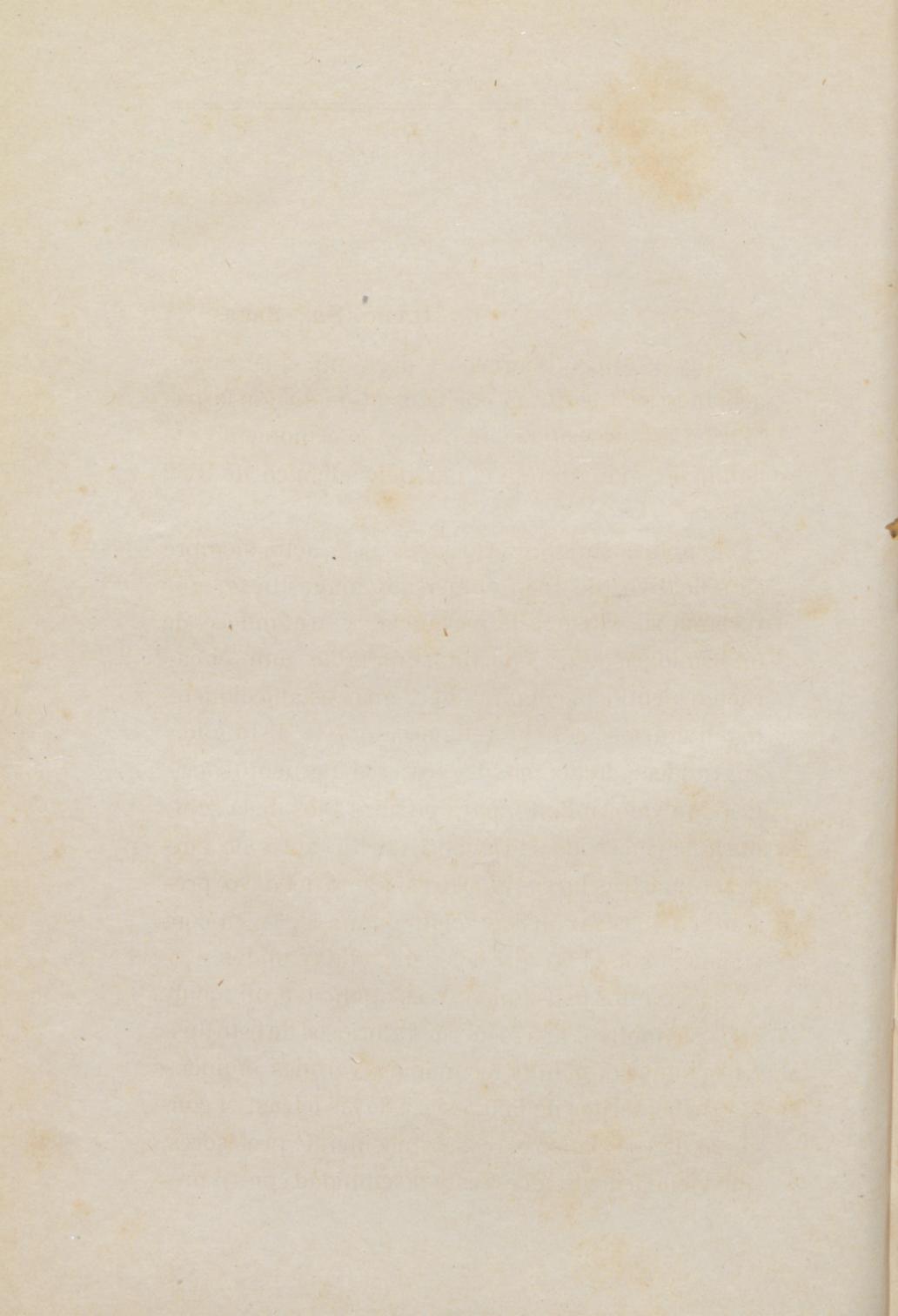
The first part of the work is a
translation of the *Epistles* of
Horace, which were published in
1703. The second part is a
translation of the *Imitations* of
Martial, which were published in
1713. The third part is a
translation of the *Epigrams* of
Martial, which were published in
1717. The fourth part is a
translation of the *Epigrams* of
Martial, which were published in
1717. The fifth part is a
translation of the *Epigrams* of
Martial, which were published in
1717. The sixth part is a
translation of the *Epigrams* of
Martial, which were published in
1717. The seventh part is a
translation of the *Epigrams* of
Martial, which were published in
1717. The eighth part is a
translation of the *Epigrams* of
Martial, which were published in
1717. The ninth part is a
translation of the *Epigrams* of
Martial, which were published in
1717. The tenth part is a
translation of the *Epigrams* of
Martial, which were published in
1717.

À LOS NUEVOS DOCTORES.

La borla ilustre que en la erguida frente
Llevais, doctores, distintivo sea
De gran valor y de saber prudente,
De ciencia y de virtud digna presea;
Y sin mancilla siempre y esplendente
El mundo sábio en vuestra sien la vea,
Siendo terror de la infernal malicia,
De la inocencia escudo y la justicia.

Sí, lo será... que en vuestro honrado pecho
Toda noble pasion imperio tiene;
Ya la severa Historia del Derecho
Sus páginas glóricas os previene,
Y de la envidia pérfida á despecho,
Que á un alma varonil nunca detiene,
De la enseñanza difundiendo dones
Emularéis con célebres varones.

JUAN JOSÉ BUENO.



ILTMO. SR.: SRES.

Muy grato y honroso es para mi el encargo, aceptado por legítima obediencia, de dirigir la palabra á este respetable auditorio, en el momento solemne de inaugurarse el curso académico de 1882 á 1883.

Loable costumbre es rodear este acto, siempre significativo, de todo el aparato magestuoso, que reclama su altísima importancia; y tratándose de un seminario, idea oportunísima la de unir el carácter científico, comun á los demás establecimientos literarios, con el religioso, que le distingue y engrandece. Acabamos de ofrecer el incruento sacrificio, de valor infinito, para pedir al Dios de la sabiduría las luces de su Divino Espiritu, antes de empezar nuestras tareas escolares: ahora debo yo presentar á vuestra consideracion alguna ideas, en consonancia con el fin que nos tiene aqui reunidos.

¡Y cuántos pensamientos se agolpan á mi mente con este motivo! Los recuerdos gloriosos de este ilustre seminario, plantel fecundo en varones eminentes, beneméritos de la Iglesia y de las letras; el curso de ese claustro respetabilísimo de profesores, que viene á dar realce á esta solemnidad con su pre-

sencia; y demás personas ilustradas, que tambien nos honran con la suya; esa multitud de jóvenes, ávidos de saber y de virtud, que atraídos por una vocacion divina, y aspirando á la mas sublime mision que es dado ejercer al hombre en este mundo, la del sacerdote católico, nos traslada en espiritu á aquel lugar y momento venturoso, en que unos lábios divinos pronunciaron las palabras mas solemnes y fecundas en benéficos resultados que jamás escucharon los mortales, y que ellos tambien esperan con ansia les sean dirigidas á si mismos «*ante docete omnes gentes*».... «*id y enseñad á todas las gentes*» .. «*como el Padre me ha enviado os envio yo a vosotros*»... *sicut misit me Pater, et Ego mitto vos*»... ¿cómo no he de sentirme lleno de noble satisfaccion ante tanta grandeza?

Pero al mismo tiempo ¡cuánta confusion para mí, el último, y el único incompetente, entre todos los profesores de esta ilustre casa, para desempenar este elevado encargo, sin defraudar vuestras legitimas esperanzas!

Sin embargo, el conjunto mismo de las circunstancias, me dan la cuestion fácilmente resuelta. Necesito una gran figura, á cuya sombra benéfica ampararme, que cubra con su magnitud mi pequeñez; y un asunto lleno de interés, que ocupe por si solo toda vuestra atencion, separándola de mi humilde persona: esa colosal figura, amada de todos, respetada por todos, admirada de todos, una de las ma-

yores que jamás han existido, honra y gloria legítima de la humanidad y de la Iglesia, es la sin igual figura de Sto. Tomás de Aquino: y ese asunto interesantísimo, el más importante y trascendental de cuantos pudieran ventilarse hoy, lo encuentro formulado con solo volver la vista al faro luminoso, sobrenatural y divino, que brilla en Roma, para iluminar al mundo. Allí, desde las alturas del Vaticano, que dominan la tierra, el Vicario de Cristo, que lleva el timón, y guía la mística barquilla de Pedro, señalando en cada período de la historia los derroteros más convenientes y seguros que han de seguirse, para salvar los escollos de la vida, dirige, inspirado por Dios, su penetrante mirada sobre el orbe entero; y profundamente conmovido ante el destrozo causado por recientes, tremendas borrascas, oprimido su corazón por los fuertes huracanes reinantes y las hondas y potentes agitaciones del mar, que observa, presagio funesto de mayores calamidades, descubre solícito el origen del mal, contempla horrorizado su terrible grandeza, y señala su único eficaz remedio. Los errores filosóficos y teológicos, que han viciado el mundo de las inteligencias; hé ahí la causa del mal que lamentamos: la subversión completa de todo orden social; hé ahí el efecto producido: la restauración de las doctrinas filosófico-católicas, personificadas como en su más alto y genuino representante en Santo Tomás de Aquino; hé ahí el remedio, según Su Santidad.

Por eso lleno de tierna solicitud esclama, en su admirable Enciclica *Æterni Patris*, dirigida á todos los Prelados del mundo católico: «Nada nos es mas grato, ni mas apetecible, que el que todos suministren copiosa y abundantemente á la juventud estudiosa los rios purísimos de sabiduria, que manan, en continua y riquísima vena, del *Angélico Doctor*.... y os exhorto encarecidamente á propagar, para defensa y gloria de la fé católica, para bien de la sociedad, é incremento de todas las ciencias, su profundísima doctrina.»

Y si *nada mas grato* para el Papa, ¿cómo no lo ha de ser tambien para sus amantes hijos? Por eso, señores, secundando yo las miras del inmortal Leon XIII, y llevando al impulso dado por él, y seguido por tantos eminentes varones, mi pobre, pero leal concurso, nada me ha parecido mas oportuno, y digno de ocupar vuestra atencion en este dia, que el *considerar la restauracion de las doctrinas filosófico-teológicas del Angélico Doctor Sto. Tomás, como la única y segura base, para la completa regeneracion de la sociedad, en el estado actual del mundo*. Hé aquí el tema que me propongo desarrollar con la gracia del Señor, á cuya mayor gloria todo lo dirijo, con la proteccion de su Inmaculada Madre Maria, y con vuestra benévola indulgencia, que pido sinceramente, no por fórmula delicada de excesiva modestia, ni por mero adorno oratorio, ó rutinaria costumbre, sino por necesidad imperiosa,

que en mí despierta el convencimiento íntimo de mi propia insuficiencia.

Es innegable, Sres., que difícilmente registrará la historia de la sociedad, en su ya larga carrera, una época mas calamitosa que la presente.

Los errores de todos los siglos precedentes, sintetizados en una negacion universal y absoluta, que radicalmente los comprende á todos; los vicios característicos de todas las antiguas sociedades, acumulados en la nuestra, cual en foco inmenso de inmoralidad y podredumbre; la subversion y completo trastorno, en todas las esferas á que pueda entenderse la actividad humana; el rebajamiento moral y material de los pueblos, sumidos en la mas vergonzosa é inverosímil degradacion; el desórden erigido en sistema y constituido en estado normal; ¿no son estos los rasgos mas salientes de la situacion actual? Y todo esto infiltrándose por do quier en la sociedad, saturando su atmósfera, y llevando á todas partes sus efectos perniciosos en las leyes, en las costumbres, en las instituciones y hasta en el aire que respiramos, con un descaro y audacia que parecerian increíbles si no los presenciáramos. La semilla del mal, que antes producía frondosas ramas, seductoras flores, y alguna muestra aislada de su fecundidad malévola, inunda hoy al mundo con la abundante cosecha de sus emponzoñados frutos. Si de Dios se trata, ¿cuál de sus perfecciones é inefables atributos no ha sido impiamente desconocido, ú hor-

riblemente blasfemado?: su existencia misma audazmente negada, desdeñosamente relegada á la categoría de problema, ó confundida en *un solo todo* con las mas groseras criaturas. Si de su Iglesia santa, ¿cuál de sus privilegios y prerogativas divinas no ha sido ultrajado, y qué forma de persecucion no empleada contra ella?: ¿cuál de sus doctrinas acatadas? En el órden moral, trocadas las nociones de bien y de mal, ¿qué virtud no ha sido mancillada, ó qué vicio no ensalzado? En el órden intelectual, ¿qué verdad no ha sido negada, ó qué error, por delirante que sea, no defendido? En la esfera política y social, ¿qué autoridad ha sido respetada, ó qué sana libertad no atrepellada? ¿cuál de los fundamentos en que toda sociedad descansa no ha sido profundamente conmovido, ó cuál de sus elementos esenciales no alterado? En el órden jurídico, ¿qué legítimo derecho no ha sido escandalosamente hollado, y qué notoria injusticia impunemente no amparada? En una palabra: el desórden, el caos, la horrible confusion en todo, precipitan la sociedad en el mas espantoso cataclismo. Tal es el estado actual.

Y es, señores, que el hombre rechaza el cielo, y le falta la tierra: prescinde de Dios, y le desprecian sus semejantes: no quiere la vida futura, y no puede gozar de la presente: aspira á hacerse Dios, y se encuentra degradado descendiente de los cuadrumanos: ha trastornado el órden puesto por Dios, y se

encuentra envuelto en las tinieblas del abismo, sin hallar solución posible á los pavorosos problemas que de su fondo surjen. ¡Qué situación tan triste! ¡qué presagios tan funestos para el individuo y para la sociedad en un porvenir cercano! Y qué, ¿serán tal vez estas apreciaciones hijas de un pesimismo apasionado, ó de una imaginación exaltada? No, porque esta misma idea preocupa, con razón, á toda inteligencia elevada y á todo corazón sano. Las más altas eminencias científicas y sociales reconocen la gravedad y buscan el remedio. Uno de los hombres de genio más esclarecido en los tiempos modernos, el ilustre Donoso Cortés, después de confesar que todas las instituciones humanas padecen hoy terribles sacudidas, sin que haya una sola firme en sus cimientos, ni cimiento alguno estable sobre su misma base, dice estas palabras: «Todo anuncia, todo, para el hombre que tiene buena razón, buen sentido é ingenio penetrante, todo anuncia una crisis próxima y funesta; todo anuncia un cataclismo como no le han visto jamás los hombres.» Y otro de los más profundos pensadores de nuestro siglo, el gran Bonald, en presencia de la actual situación, cree que «no podemos aspirar ya sino al funesto honor de suministrar á un poeta, dentro de algunos siglos, el asunto de una epopeya, en que cante á la sociedad en inminente peligro de volver á la barbárie, luchando con sobrenatural esfuerzo contra esta espantosa situación, cual cantaba Milton el terrible combate de los ángeles buenos y los malos.»

Pero sobre el testimonio de nuestro propio criterio y el de los grandes talentos, esta el testimonio mas respetable y venerando del mundo; el testimonio de aquel puesto por Dios para enseñar la verdad, por cuyos lábios habla el Espíritu Santo. «Nuestro espíritu, dice, se horroriza, y queda traspasado del mas acerbo dolor, cuando fijamos la mente en los monstruosos errores, y en los múltiples y variados artificios, insidias y maquinaciones con que estos nefandos enemigos del bien y de la verdad, y estos consumados maestros en el arte de seducir, trabajan con todas sus fuerzas, en estos tristísimos tiempos, por arrancar del ánimo de los hombres toda nocion de justicia, piedad y rectitud, por romper las costumbres, hollar todos los derechos divinos y humanos, combatir la religion católica, trastornar completamente la sociedad civil, y si posible fuese, destruir hasta los fundamentos de una y otra.» Hé a qui pintado por el inmortal Pio IX, con pincel divino, el estado actual de la sociedad.

Mas como no hay efecto sin causa, y para remediar un mal necesario es remontarnos á su origen, ¿cuál puede ser el que tengan nuestros males sociales? La sana filosofia nos dice que el hombre obra como piensa, y las costumbres son el reflejo de las ideas. El principio agente en el hombre, la raiz de sus determinaciones, es la voluntad: la voluntad, potencia ciega, sigue en la práctica, no necesaria, pero si al menos casi indefectiblemente, el dictámen de la

razon: luego á esta hemos de interrogar para conocer al hombre, para conocer la sociedad. Dadme un pueblo persuadido de que su grandeza está, por ejemplo, en las batallas, y tendreis el pueblo de los Césares y Scipiones: dadme un pueblo, que haga consistir la gloria en la cultura intelectual, y tendreis la nacion de los Pórticos y Liceos, de las Academias y Bibliotecas: dadme un pueblo de ridículos sofistas, y tendreis la generacion del bajo imperio, precursora de los bárbaros: dadme un pueblo de fé y entusiasmo religioso, y tendreis los héroes de la Reconquista y las Cruzadas, nuestros mártires y nuestros santos: dadme un pueblo saturado de impiedad y sensualismo y tendreis los mónstruos de la Revolucion y la Commune: dadme, en fin, un pueblo de ideas divinas, y tendreis una sociedad de ángeles; de ideas terrenas, y tendreis la sociedad salvaje. ¿Quién lo duda? La sociedad será lo que sean las ideas reinantes. En la corrupcion, pues, de las ideas, en los errores de la inteligencia, está la explicacion de nuestro estado social. «La mas grande llaga abierta en nuestras sociedades, dice el elocuente orador P. Felix, es la úlcera producida por la falsa educacion: esta es la herida mortal que la aqueja, la educacion anti-católica, la educacion pagana, la educacion revolucionaria y atea: esta es la gangrena, que está desorganizando el cuerpo social de esta aciaga época.» «Si alguno fija la consideracion en la acerbidad de nuestros tiempos, dice el sapientísimo

Leon XIII, en la Encíclica mas arriba citada, y abraza con el pensamiento la condicion de las cosas, que pública y privadamente se ejecutan, descubrirá sin duda, que la *causa* fecunda de los males, tanto de los que hoy nos oprimen, como de los que amenazan el porvenir, consiste en que los *perversos principios* sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas filosóficas, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el comun consentimiento de la mayor parte de sus individuos. Pues siendo natural al hombre que en obrar tenga á la razon por guía, si en algo falta la inteligencia, fácilmente cae tambien en lo mismo la voluntad; y por eso la perversidad de las opiniones cuyo asiento está en la inteligencia, trae consigo la perversidad de las acciones; y al contrario, si el entendimiento está sano, y se apoya en sólidos y verdaderos principios, producirá los mejores frutos en bien de los individuos y de la sociedad.»

Ahora bien: ¿cuáles son los errores dominantes en la sociedad moderna? Sin entrar en su enumeracion, que seria interminable, podemos sintetizarlos todos en esta sola frase: la idea pagana resucita entre nosotros, en contraposicion á la idea cristiana. De ahí el desconocimiento, la emancipacion, la independencia individual y social, en todas las esferas, del órden que se funda en Dios, y ha sido establecido por El. Sí, señores, ¿no lo veis? ¿no aspirais por do quier la atmósfera pagana? Si los hombres del

paganismo aparecieran entre nosotros, ¿qué echarían de ménos? ¿no les parecería el tiempo trascurrido solamente un sueño? ¿no creerían hallarse entre los suyos, en los llamados *buenos tiempos* de Pericles y Augusto? En la moderna libertad de cultos, é indiferencia religiosa, consagrados como derecho de la personalidad humana, ¿no verían una especie de politeísmo, mas marcado que el antiguo, donde caben todos los dioses, y del que, con la misma indiferencia que nuestros *sábios descreídos*, sus prohombres se burlaban, sin dejar de utilizarlo como arma de gobierno? En la divinización de las pasiones, simbolizada por el culto de la diosa *Razon*, y en el *humanismo* moderno, con la apoteosis del hombre, ¿no verían reproducido su Olimpo, y la divinización de sus héroes? El racionalismo filosófico, y el libre exámen en todo órden de cosas, imperante en nuestros días, ¿no es la misma *razon emancipada* de los filósofos paganos? Nuestro grosero sensualismo, respirando molicie y embriagando el espíritu, ¿qué dejaría que desear al más refinado sibirita ateniense ó romano? El realismo en las formas, y el materialismo artístico y literario, que caracteriza las producciones modernas, ¿en qué se diferencian de las creaciones paganas?: ¿de donde han tomado sus modelos? Las tremendas luchas de nobles y plebeyos, que sacudían aquella sociedad desquiciada, ¿no las vemos hoy renovadas entre el proletariado y las demás clases sociales? Las retiradas al

monte Aventino, ¿no se parecen á nuestras modernas huelgas é imponentes *manifestaciones* de las *masas desheredadas*? ¿Qué otra cosa significa la pavorosa *cuestion social*, terriblemente planteada hoy, sino las últimas, profundas convulsiones de aquella sociedad agonizante? Y en el orden político, la tiranía de los Césares, ó el libertinaje de aquellas democracias, ¿no es el despotismo ó la demagogia, en que fluctúan alternativamente las sociedades modernas, cuando no sean ambas cosas juntas? En una palabra: nos hallamos hoy en situacion parecida á la que tenia el mundo á la aparicion del cristianismo: y este vino, y curó todas las llagas, y deshizo todos los errores, y reformó las costumbres, y ennobleció al hombre, y salvó la sociedad, y dejó la semilla para las futuras regeneraciones.

Entónces, señores, aquel antiguo coloso de hierro, con los piés de barro, cayó, para no levantarse jamás, oprimido por el peso de su mentida civilización, y herido por la misteriosa piedra bajada del monte, dando paso á la civilizacion cristiana. Verdad es que en los primeros siglos los hijos de la Iglesia hubieron de regar con su sangre generosa el árbol bendito del Calvario, hasta que profundamente arraigado, cubriese con sus frondosas ramas la redondez del orbe; pero ya desde entonces, y aun en medio de las persecuciones, aparecieron en el mundo los brillantes destellos de aquella luz divina que habia de iluminar toda la tierra: y cuando sonó

la hora marcada por la Divina Providencia, para dar la paz tan suspirada, y el brazo rendido de los tiranos dejó caer la sangrienta cuchilla, comenzó á levantarse el grandioso edificio de la filosofía y teología cristiana, iniciado por los Padres, seguido por los escolásticos y consumado por el génio de Alberto Magno, Santo Tomás y San Buenaventura.

¡Pero cuántos obstáculos que vencer, para sacar aquellas sociedades del caos en que vivian!: ¡cuántas doctrinas falsas que destruir!: ¡cuántas costumbres viciadas que reformar!: ¡cuántos intereses encontrados que combatir! Sistemas opuestos y escuelas contrarias, tras largos siglos de ensayo, habian demostrado todas su radical impotencia para resolver los grandes problemas cosmológicos, antropológicos y teológicos que más interesan al hombre. Grecia, la culta Grecia, aquella Grecia tan decantada hoy por los neo-paganos modernos, ¿sabeis lo que era? Ella habia visto desfilar, uno tras otro, el ejército innumerable de sus sábios, desde Tales á Pitágoras, desde Pitágoras hasta Sócrates, desde Sócrates á Aristóteles, sin tener jamás satisfechas las aspiraciones legítimas de su corazón y de su inteligencia. ¿Qué otra cosa eran ciertos principios de la escuela jónica, fundada en Mileto, con sus célebres discípulos Diógenes, Heráclito, Anaxágoras y muchos otros, sino un conjunto grosero de errores panteístas, materialistas y transformistas? (1) ¿Qué la

(1) V. Hist. de la Philos. p. Ritt. tom. 1.º

escuela itálica de Pitágoras y sus inmediatos adeptos, admitiendo el alma universal y la metempsicosis, sino otra especie de panteísmo con tendencias emanatistas? ¿Qué la eleática de Parménides y Zenon, al proclamar la unidad absoluta del *ser*, pero del ser abstracto é indeterminado, sino un puro panteísmo idealista? ¿Qué la de Leucipio y Demócrito, al defender sus teorías atomistas, sino un estúpido materialismo ateo? ¿Qué la escuela sofista con Protagoras á su cabeza, sino una mezcla indigna de racionalismo, ateísmo y escepticismo; y con Gorgias, que por negarlo todo, niega hasta la existencia del órden sensible? Y por ventura, señores, la era socrática, que indudablemente representa un adelanto relativo en la civilizaci6n griega, ¿ofrecerá quizás una teoría completa acerca de Dios, del hombre y de los seres que le rodean? Ahí están sus hombres eminentes, ahí las renombradas figuras de Sócrates, de Platon y de Aristóteles. Sócrates, el austero Sócrates, que poniendo al frente de su escuela el famoso apotema *nosce te ipsum*, acaba por declarar: «solo sé que no sé nada»: que con su pretendida moral echa las bases de la escuela cínica, y con su individualismo exagerado llega á hacerse anti-social: ese Sócrates, con su encomiada virtud, no deja de incurrir en los feos vicios de la embriaguez, el concubinato, y los placeres lúbricos de la incontinencia. Platon, el *divino* Platon, á quien su génio intuitivo no le impide inclinarse algo á veces al ma-

terialismo; desconocer siempre la naturaleza verdadera del alma y de su union con el cuerpo; sentar doctrinas con marcada tendencia socialista y comunista; sostener la esclavitud, como fundada en la naturaleza misma; y defender, en fin, la materia increada, independiente y eterna. Aristóteles, el profundo Aristóteles, con su talento universal y su implacable análisis, negando la Providencia; inclinándose al racionalismo, y á cierta independencia en el orden moral; concediendo al Estado un poder absorbente, hasta obligar á los padres á matar á sus hijos que nazcan lisiados: prescindiendo ahora de otras aberraciones, con mas ó menos fundamento á él tambien atribuidas. Esa es la Grecia. Y nada digo de sus filósofos estóicos, individualistas hasta el egoismo, fatalistas, idólatras de la naturaleza, disolventes de la sociedad doméstica: nada de los epicúreos, inmundos sibaritas, que ponen en el placer su mayor felicidad, que ahogan en su gérmen todo impulso de abnegacion y de heroismo, y concretan sus aspiraciones á la vida presente: nada, por último, de la filosofia romana, hija degenerada de la de Grecia.

Todo ese inmenso cúmulo de errores y de vicios desaparece á medida que se desarrollan y propagan las doctrinas católicas: bien así como huyen las tinieblas ante la bella aurora, que se convierte mas tarde en dia esplendoroso. Predican los apóstoles, enseñan los padres, defienden los apologistas, dis-

cuten los escolásticos, explican los doctores, y se renueva el mundo. Como en los primeros días de la creación, al enviar Dios libremente su aliento vivificador sobre la masa caótica é informe, esta se reanima, y aparece sonriente la hermosa naturaleza, así el espíritu de vida que palpita en la doctrina evangélica, el elemento divino que consigo entraña, transforma el mundo oscurecido y confuso de las inteligencias, y el mundo hediondo y corrompido de las costumbres antiguas, en el clarísimo y ameno vergel de las sociedades cristianas. Y es que ella, y solo ella, la doctrina del evangelio, como revelación directa é inmediata de Dios al género humano, como expresión viva del pensamiento divino, contiene en sí todas las verdades necesarias al hombre para cumplir sus inmortales destinos, y todas las gracias que hagan prácticas y fecundas sus divinas enseñanzas, en la vida privada y en la vida social, en el tiempo y en la eternidad.

Imposible, señores, en la índole de este discurso, y en los límites precisos que me están marcados, desarrollar en toda su extensión las pruebas de los elementos regeneradores propios del catolicismo, en el orden especulativo y en el orden práctico; para el individuo y para la sociedad. ¡Cómo encerrar en pequeña frágil cabida la inmensidad del Océano! Basta indicarlas, y remitirnos á los hechos. La doctrina especulativa del catolicismo triunfó de los sábios de la Grecia, triunfó de la orgullosa Roma,

triunfó del soberbio gnosticismo, triunfó de la ignorancia de los bárbaros, triunfó de los sofismas de la incredulidad, triunfó de los errores de la heregia, representada á veces por talentos eminentes, triunfó, en fin, y triunfó siempre, de todos los sistemas contrarios. Los hombres formados en su escuela se llamaron Tertulianos, Clementes, Origenes, Gregorios, Agustinos, Isidoros, Anselmos, Albertos, Tomases, y mil y mil otros. Sus nombres grabados están, con letras de oro, en el templo de la sabiduria: sus escritos llenan las bibliotecas, y allí van los mayores talentos á aprender los principios fundamentales de todas las ciencias; porque allí la inteligencia humana, elevada por la fé divina á atmósferas sobrenaturales, descubre nuevos, vastisimos horizontes, y recorre segura el inmenso campo del saber humano. ¿Quereis oir lo que es en el órden práctico de las costumbres la enseñaanza católica? Ved la molicie y sensualidad romana convertida en la austeridad y penitencia, la abnegacion y el sacrificio de los héroes del cristianismo: ved los desiertos estériles é infecundos del Egipto y del Oriente, hechos vivienda de ángeles humanados, ó de hombres de vida angelical: ved la salvaje ferocidad del Norte, reemplazada por la mansedumbre y caridad cristiana: ved, en fin, las mas sublimes, celestiales virtudes, reinando allí donde imperaba el vicio. Los nombres de esos héroes no hay para qué citarlos: la Iglesia los conserva en su corazon maternal, y los

presenta al mundo, como el tipo de perfeccion moral, que honra á la humanidad.

En el órden público y social, ¿qué principio de verdadera civilizacion no se debe á la enseñanza católica?: ¿qué nocion de verdadero progreso y bienestar de los pueblos no ha traído al mundo? ¿No es ella la que enseña al monarca y al súbdito, al magistrado y al pueblo, al sábio y al ignorante, al rico y al pobre, á todo estado y condicion social la órbita precisa de sus respectivos deberes y derechos mútuos, fuera de la cual es imposible la armonía y la felicidad comun? ¿No es ella la que formó, y al calor vivificante de su fecundo seno brotaron aquellas sociedades de mejores tiempos (tan calumniados como ignorados), que se llamaron, en frase gráfica, *la cristiandad*? ¡Qué civilizacion tan hermosa la que logró implantar en el mundo la Iglesia católica, tras largos siglos de luchas y trabajos!: ¡qué dichosas aquellas sociedades vivificadas por ella, robustas, vigorosas y potentes para el bien, donde todo gérmen de error ó de vicio, que aisladamente pretendía brotar, quedaba ahogado en la conciencia universal! ¿Quién puede calcular cuál seria hoy el bienestar intelectual, moral y material del hombre, si esa Iglesia, fuente y origen de la verdadera civilizacion, no hubiera visto interrumpida su marcha magestuosa, en el camino de la regeneracion de los pueblos, primero por el Renacimiento pagano, que preparó el camino al Protestantismo; luego por este,

que abrió las puertas al Filosofismo; despues por la falsa filosofia; y últimamente por la tremenda revolucion universal y absoluta, que atravesamos, resultado de tales precedentes? ¡Oh!: verdaderamente cuanto hay grande, noble y elevado en el mundo se debe á la Iglesia y al catolicismo: á su doctrina, enseñada por el mismo Dios. Sí: ¡Iglesia santa, amada madre mia!: tú sola, hija predilecta del Altísimo, maestra infalible de sus divinas enseñanzas, tú sola posees la doctrina verdadera, que engrandece al hombre hasta hacerle como Dios: tú la única que puedes hacer felices y regenerar las sociedades. ¡Núblese mi mente y séquese mi lengua, antes que deje de reconocerlo así, antes que deje de ver en tí la depositaria fiel y esclusiva de la Verdad y de la Gracia, dadas por Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida!

Pues bien, señores: esta doctrina, que reviste su forma filosófica desde las célebres escuelas de Africa y Alejandria, aunque de carácter algo diferentes entre sí, que se desarrolla, á través de los siglos, en San Agustin, San Isidoro, San Anselmo, Alejandro de Hales y Alberto Magno, segun los tiempos y las circunstancias, llega, en cierto modo, á su perfeccion y complemento en Santo Tomás de Aquino, personificacion, por decirlo así, de la idea cristiana. Por eso en él, en Santo Tomás de Aquino, hemos de buscar los elementos regeneradores de la sociedad actual.

Este hombre extraordinario, providencial, jamás suficientemente alabado, trae al mundo la misión de recoger todas las tradiciones, y la doctrina toda de los siglos que le precedieron; de ordenarla, enlazarla y ampliarla, uniendo á ella el caudal fecundísimo de sus vastos conocimientos y profunda sabiduría; y de formar con todo ello el cuerpo armónico de doctrina, que espresase perfectamente el concepto íntegro de la idea católica en sus múltiples relaciones; previniendo además, y sentando las bases para resolver satisfactoriamente todos los problemas que ofrecerse pudieran en el porvenir. ¿Y cómo cumple su glorioso encargo? Mereciendo la aprobación y el elogio del mismo Jesucristo, Sabiduría increada.

Tomás, el filósofo sin rival, y maestro de teólogos, con su mirada intuitiva, con su admirable elevación sintética, se remonta á las altísimas regiones de los principios fundamentales, iluminando con ellos los estensos campos de la actividad humana; como á la salida del sol la naturaleza toda se ilumina. No hay error, ni extravío alguno, de cuantos hoy agitan las modernas sociedades, que allí no encuentren su eficaz remedio.

Uno de los errores mas universalmente admitidos por los modernos y pretendidos sábios racionalistas, mas antiguo en la historia del mundo, mas trascendental y temible por sus funestas consecuencias, es sin duda el *panteísmo*. El panteísmo, señores, que unas veces con la escuela emanatista, haciendo sa-

lir todos los séres existentes en el mundo, de la única sustancia divina, por vía de emanacion, pero formando parte de aquella; otras veces considerándolos como simples modificaciones ó accidentes de la sustancia única, segun los evolucionistas; y otras revistiendo la forma idealista, y confundiendo absolutamente en un solo todo, en una sola realidad esencial, todas las cosas, niega siempre la distincion sustancial entre Dios y los seres finitos, y de estos entre sí; y que, al divinizarlo todo, se forja un Dios monstruoso, fantástico y absurdo, que no pudiendo ser Dios, se resuelve en ateismo. El panteismo, que echando sus primeras ramificaciones en la escuela primitiva del Brahmanismo indio, y en la separatista del *yoguisimo*, invade luego algunas escuelas degeneradas de la Persia, penetra en la China, bajo la forma idealista, con Lao-tseu, verdadero Hegel de su tiempo, y se insinúa tambien en el supersticioso Egipto, no obstante su grosero carácter fetiquista. El panteismo, del que no se libró la filosofia griega; ni el pretencioso gnosticismo, haciendo de Dios el alma universal del mundo; ni Plotino, con la escuela neo-platónica, y su *unidad absoluta*. El panteismo, en fin, que llega á nosotros, ora evolucionista en Coussin y Spinoza, con su falsa nocion de sustancia; ora subjetivo-idealista, en Fitché, con su *yo puro*, como única cosa real y existente; ora objetivo-idealista, en Schelling y Hegel, con el *absoluto indeterminado* del primero, y la *idea absoluta*, en la que

todo lo identifica el segundo, hasta el punto de que el *ser* y la *nada* sean *una misma cosa*.

¿Y qué es el panteísmo? En el orden científico el mayor absurdo que puede pensar la inteligencia humana; porque si todo se confunde sustancialmente en unidad de ser, se acabó la distinción sustancial entre la verdad y el error, entre el ser y el no ser, entre el espíritu y la materia, entre el sugeto y el objeto; se acabó el principio de contradicción, fundamento de nuestras investigaciones científicas: todo es una sola y misma cosa, una sola y misma sustancia. Y decidme: ¿qué ciencia puede haber con tales principios?: ¿es posible conciliarlos ni aun con el sentido común? En el orden moral la corrupción mas espantosa, la divinización del crimen y del vicio; porque si todo es Dios, no solo pierde la personalidad humana su propia responsabilidad, pues sus acciones son, por decirlo así, acciones de Dios, sino que como tales, quedan todas ellas divinizadas, hechas una misma cosa sustancial con Dios: por consiguiente, no hay distinción sustancial entre el bien y el mal, entre lo justo é injusto, entre el vicio y la virtud; y el homicidio, y la blasfemia, y el hurto, y la lujuria, y la calumnia, todo es uno, todo es bueno, todo santo, porque todo es Dios. ¿Puede darse mayor insensatez?: ¿es posible, con tales máximas, no digo la existencia de la sociedad, sino aun la del mismo individuo? ¿No es esto peor, si cabe, que el ateísmo, donde siquiera puede quedar un

resto de pudor y honestidad natural, que distinga algo entre lo bueno y lo malo? Pues todo ello es consecuencia lógica del error quizás mas estendido en nuestros dias, en cierta clase de personas, del error panteista. Ahora bien: como este proviene originariamente de negar la creacion, ó de desfigurar su verdadero concepto, una vez rectificado este, cae por su base el origen primordial y trascendente de la mayor parte de los errores modernos. ¿Y dónde encontrar una nocion mas clara, mas exacta, mas luminosa, mas fundamental, de la creacion, y por lo tanto de la distincion sustancial entre Dios y las criaturas, que en el Doctor Angélico? En la primera parte de su incomparable *Suma*, q. q. 44-45-46 Y 47, explica admirablemente el sentido profundo, que envuelve la idea de *creacion*, y cómo supone la educion *ex nihilo* de los séres que se crean, aun en cuanto á la sustancia de estos; y por consiguiente que esta no puede ser la misma que la del Creador, el cual además ha de existir necesariamente antes que el sér creado: establece sólidamente que Dios, y solo Él, puede ser y es la causa eficiente de todos los séres, aun de la *materia prima*, creada tambien por Él con el tiempo, contra lo que erróneamente defiende Platon: y prueba, en fin, incontestablemente que todo lo que existe, y no es Dios, fué creado libremente por Dios, con distincion sustancial de este. La misma doctrina enseña en sus comentarios al libro de las *Causas*; en los del libro 2.º del *Maes-*

tro de las *Sentencias*, dist. 1.^a q. 1.^a, art. 2.^o; en el libro 2.^o de la *Suma contra Gent.*; en el opúsculo contra *impugnantes Religionem*; y en las *Cuestiones disputadas*, al tratar de la bondad esencial de Dios, y de la relativa ó participada de las criaturas. Con solo esta base fundamental de doctrina, queda deshecho el coloso de los tiempos modernos; y ya sabe el hombre su verdadero origen, su fin verdadero, su verdadera significacion en el mundo, y se esclarecen los misterios todos de su existencia.

Al lado del panteísmo está el *ateísmo* especulativo y práctico, disputándose el imperio de la conciencia humana. El ateísmo, es decir, el error más estúpido, si en el error hay grados, que pueda ocurrir á un ser racional, á quien todo, desde el más encumbrado serafín hasta el último grano de arena, predica la existencia de Dios. ¡Y cómo enumerar, ni indicar siquiera, las perniciosas consecuencias que se siguen, con lógica inflexible, de la negacion de Dios! Sin Dios todo queda sin base: la autoridad, la ley, la justicia, la virtud, la sociedad, la familia, todo; porque todo en Dios tiene su apoyo y su razon de ser: quitado el fundamento se desploma el edificio. Ahora bien: la existencia de Dios, en contra del ateísmo, ¿no es el principio en que está basada la doctrina toda de Santo Tomás? ¿quién mejor que él demuestra hasta la evidencia, en la exposicion del libro de Boecio de *Trinit.* q. 1.^a art. 2.^o, y en la 1.^a parte de la *Suma Teológica*, la realidad del Ser Di-

vino, y la necesidad de su existencia? ¿Quién, como él, en la misma *Suma*, 1.^a part., q. 2.^a y siguientes, penetra, ayudado de la fé, en el constitutivo de la esencia divina, examina su naturaleza é inefables perfecciones, y nos dá, en cuanto es posible, una idea más clara, más exacta y más completa de Dios, como canto glorioso de triunfo sobre el ateismo?

¿Y dónde hallar explicacion más profunda y satisfactoria de la accion de Dios en el gobierno y direccion del mundo, por medio de su Providencia, y su influjo eficaz en los agentes libres, salvando la naturaleza de estos, contra el *fatalismo* moderno, que á tantos escesos autoriza, y tantas responsabilidades pretende eludir, que la que expone el Angélico Doctor en el libro 3.^o *contra Gentes*, y en las q. q. 21-22 y otras de la 1.^a parte de la *Suma*, refutando á la vez los errores de Platon en este punto? ¿Y qué decir de la abundante doctrina y solidéz de pruebas, que encontramos en sus obras, especialmente en la 1.^a parte, q. 1.^a de la citada *suma*, en el libro 2.^o y 4.^o *contra Gentes*, y en la exposicion del libro de Boecio, *de Trinit.* q. 1.^a, art. 1.^o, para probar la posibilidad, necesidad y existencia de la Revelacion sobrenatural, contra el soberbio *racionalismo*, y el mezquino *naturalismo*, peste funesta, que satura é inficiona hoy todas las capas sociales, corrompiéndolas con su influjo deletéreo? ¿Qué mejor contestacion á los que pretenden hallar conflictos insolubles entre la ciencia y la fé, que la que

él dá en el libro 1.º *contra Gentes*; y el ejemplo vivo del mismo Santo Tomás, en quien se enlazan y armonizan tan perfectamente esas dos manifestaciones de Dios al hombre, que mutuamente se completan y auxilian, y en donde la razon humana se eleva á su mayor potencia, en alas de la fé divina, de tal modo que sólo le exceda la vision beatífica?

Otro error de los más degradantes para el hombre, y de más influencia en la vida moderna, es el *materialismo*. El materialismo, que, negando la existencia ó espiritualidad del alma, y por consiguiénte su inmortalidad y sus destinos futuros, y no considerando en nosotros más que un acerbo de moléculas materiales, que se desorganizan para siempre con la muerte, rompe el freno á todas las pasiones, corta radicalmente todo lazo religioso, y rebaja al hombre al nivel del bruto. Santo Tomás combate victoriosamente estas falsas teorías en el libro 2.º *contr. Gent.*, en las q. q. 50 y 75 de la *Suma*, en las *Cuestiones disputadas* y en otras de sus obras, al hablar de las sustancias espirituales, y el destino eterno de las mismas.

Hay otros errores inmediatamente relacionados con el órden filosófico, religioso, político y social, que se refieren á pretendidos derechos de la personalidad humana, ó á un falso concepto de la sociedad. La *libertad de pensamiento*, petulante delirio, si se quiere significar con él la *independencia intelectual* del hombre, y *justificar* todas sus con-

cepciones cualesquiera que sean, que supone la ignorancia completa de la naturaleza del entendimiento, de la índole de su objeto, y de la dependencia necesaria que toda facultad tiene de su objeto, fuera del cual no puede ser legítima la operación de aquella. ¿Quién no vé además la trascendencia incalculable de semejante absurdo, teniendo presente el enlace íntimo entre el orden especulativo y el práctico, y cuán fácilmente se pasa del uno al otro, del pensamiento á la obra? Santo Tomás nos facilita copiosa doctrina para refutar este error fundamental del racionalismo, en muchos lugares: baste citar en las *Cuestiones disputadas* la cuestion de *Veritate*; y en la *Suma*, las cuestiones de la 1.^a y 2.^a parte, en que trata de la naturaleza, operaciones y objeto del entendimiento. La *libertad de conciencia*, que pretende emancipar al hombre de Dios, ó hacerle árbitro para fijar á su gusto las relaciones que le unan con su Creador Supremo, inclusa la de no tener ninguna, y llegar á la consecuencia blasfema de que Dios se contradice, honrándose igualmente con los actos más opuestos. En el libro 3.^o de la *Suma contr. Gent.*, encontraremos argumentos incontestables contra este error impio. La *voluntad del pueblo*, como *fuentes de derecho* exclusiva y suprema para los poderes públicos, negacion estúpida de los *derechos de Dios* en el constitutivo de la sociedad, origen fecundo de tantos trastornos y conmociones políticas, capaz de legitimar las más in-

justas usurpaciones y los más tiranos caprichos. Las teorías disolventes de los dulces y sacrosantos lazos de familia, base de la sociedad, reemplazando la santidad del matrimonio católico con el escandaloso *contrato civil*, el consiguiente divorcio, y todas sus asquerosas consecuencias. El *comunismo*, idólatra del Estado, absorbente del individuo, enemigo de toda propiedad particular, injusto nivelador de toda entidad social. El anárquico *socialismo*, subversivo de todo lo existente, enemigo de la autoridad, y fanático adorador de la personalidad humana, á quien ensalza sobre todo, atribuyéndole derechos ilimitados y pretendiendo colocar su trono individualista sobre las ruinas de la organización fundamental de las sociedades, con sus distintas gerarquías, impuestas por el mismo autor de la naturaleza. El *regalismo*, con sus intrusiones arbitrarias en el campo exclusivo de la Iglesia, á quien intenta ahogar en apretado abrazo de mentida protección ó de derechos tuitivos. El *Cesarismo*, queriendo avasallar á la misma Iglesia y tenerla supe-
ditada como sierva del Estado, á Ella, la Señora del mundo, por la divina realeza de su Esposo Jesús. El principio moderno de la *separación* completa entre la Iglesia y el Estado, unidos por Dios como el alma y el cuerpo..... y tantos, y tantos errores, que no se ocultan á vuestro ilustrado criterio, ¿no tienen todos su más eficaz correctivo en las sanas doctrinas del *Angel de las Escuelas*, vertidas por do quier en

sus inestimables escritos? Bien quisiera que el tiempo y la ocasion me permitiesen indicar, no más, y explicar brevemente, los principios fundamentales que establece, como remedio para todos y cada uno de los errores mencionados; pero á más de que esa tarea sería propia, no de un discurso, sino de un libro, ahí está el conjunto admirable de sus inspiradas obras, donde fácilmente pueden encontrarse. No abusaré, no, de vuestra benévola indulgencia, ni ofenderé vuestra reconocida ilustracion. No es tampoco necesario. Cuanto decirse pudiera para el asunto que nos ocupa, la reforma social, en todos conceptos y en todas sus esferas de accion, se contiene implícito en este luminoso principio, que sienta, como base esencial y primera de una sociedad perfectamente organizada, cual es la sociedad cristiana, en el preciosísimo opúsculo de *Regimine Principum*, lib. 1.º, c. 14: «El fin, dice, de la sociedad es el mismo que el de cada uno de sus individuos: así como el hombre ha sido criado por Dios para un fin sobrenatural, es decir, para la posesion perfecta de Dios en la vida eterna,» mediante el conocimiento, servicio y amor del mismo Dios en este mundo, «así tambien, el fin de la sociedad es idéntico á este, *per virtuosam vitam pervenire ad fruitionem divinam*: facilitar á sus individuos la práctica de la vida virtuosa, como medio de conseguir el fin sobrenatural de la vision y gozo de Dios en la bienaventuranza.... y por consiguiente, á aquel está

confiada la suprema dirección de la sociedad, á quien ha sido encomendado por Dios el conducir á los hombres á su fin último y sobrenatural,» esto es, á la Iglesia, y al Papa, como su cabeza visible, y Vicario de Jesucristo. Con este sólo principio, bien conocido y practicado, por monarcas y súbditos, por gobernantes y gobernados, basta para corregir todos los errores y reformar todos los vicios, que devoran la sociedad presente. Así como dada la noción de Dios (y esta es evidente) se siguen lógicamente todas las consecuencias que entraña el catolicismo, así sentada por el Angélico Doctor esa base primordial de la sociedad, se siguen en rigurosa lógica todas las aplicaciones que á la sociedad misma hace la teoría cristiana, y se comprende perfectamente la fuerza regeneradora de esta, para las sociedades, que como la nuestra mueren informadas por ideas disolventes. La síntesis de estas últimas sociedades es: *destruir el orden puesto por Dios en las cosas*: la de la sociedad verdadera, la de la sociedad cristiana, la de la sociedad organizada según el concepto de Santo Tomás, *conservar ó restaurar este mismo orden con sus divinas enseñanzas y fecundos auxilios*. Por lo tanto, dada esta significación del Angel de las Escuelas, es evidente que *el único medio eficaz para la regeneración de la sociedad actual es la restauración de las doctrinas filosófico-teológicas del Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino*.

Dos palabras, señores, para concluir. Ocupando este sitio en momentos tan solemnes por designacion de nuestro Excmo. Prelado, necesitaba un asunto interesante, que ofrecer á vuestra consideracion, para ocultar mi pequeñez: lo busqué en Roma, donde debí buscarlo, y allí lo encontré, indicado por el Maestro infalible de la verdad, como el más oportuno, importante y grato para él. Hemos visto cuál es la situacion del mundo, pintada sobre todo por quien no puede equivocarse: el origen del mal, cuyas consecuencias sufrimos, que está en los errores de la inteligencia, corruptores de las costumbres: cuán parecido es el estado actual al de la sociedad pagana, regenerada por la doctrina y santidad del cristianismo, que, como obra de Dios, contiene en si todos los elementos eficaces para regenerar las sociedades estraviadas de todos los tiempos; y como la idea cristiana se halla personificada, por decirlo así, en Santo Tomás de Aquino, en este, en sus inmortales escritos, hemos de encontrar el único principio y fundamento sólido para la regeneracion de nuestra sociedad; siguiendo en esto las indicaciones y secundando el impulso del Vicario de Cristo, que aunque justificadas en sí mismas, lo estarían además, si necesario fuese, con sólo echar una rápida ojeada sobre los principales errores modernos, estudiar aquellos lugares del Doctor Angélico en que expone la doctrina contraria, y escoger de ese inmenso arsenal las armas convenientes, según la clase de enemigos que hayamos de combatir.

Y no lo dudeis, señores, la victoria es segura. Apenas iniciado el pensamiento de Leon XIII, ya estamos viendo los primeros frutos. Cual semilla fecunda arrojada en el campo preparado de los buenos, empieza á germinar y crece robusta, para cubrir al mundo con su sombra benéfica. Fúndanse academias, se multiplican los escritos, los hombres de ciencia se conciertan, muéstrase potente el movimiento de restauracion filosófico-católica, y alégrase el corazon del gran Pontifice, augurando los más felices resultados. Hace pocas semanas, asistiendo Su Santidad á una sesion tenida en el Vaticano por los alumnos filósofos de su colegio, rodeado de su còrte, con el esplendor de su majestad, seguía con mucho interés aquellas brillantísimas discusiones. Al terminar, cõnmovido su corazon paternal, pronuncia estas significativas palabras: «Abrumado casi todos los instantes por las más graves preocupaciones y solicitudes, Nos hallamos en esta ocasion sumamente complacidos con vuestros ejercicios literarios, que acabamos de presenciar..... y *sobre todo nos alegra en el más alto grado la esperanza cierta de que la restauracion universal de la doctrina de Santo Tomás producirá los más señalados beneficios para el bien comun; cuando despues de destruidos los errores funestos, que extravian á gran número de personas, quebrantando los fundamentos de todo órden, se vea brillar, en fin, de nuevo, la luz de aquella sabiduría, nacida para afirmar las almas*

en el amor y posesion de la verdad, y para contener los espíritus en el deber; porque de allí vienen el orden, la tranquilidad y todos los bienes.»
Hasta aquí Su Santidad.

Por eso, señores, los grandes génios, las lumbreras esclarecidas de la ciencia, que al frente de los pueblos, dirigen en cada época el movimiento intelectual y moral de la humanidad, vuelven hoy sus ojos al *Sol de Aquino*, para inspirarse en él, y de él tomar los saludables fundamentos de la regeneracion social. Agrupados en torno del sapientísimo Leon XIII, estrechan sus filas al rededor de la bandera de Aquino, levantada por él, contra los errores de inteligencia y la corrupcion consiguiente de costumbres, que inunda al mundo. Entre esos hombres ilustres, ¿por qué no decirlo? figura el sábio Prelado que hoy rige por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica esta Diócesis, venerable por su antigüedad, y célebre por su brillante historia. Los ínclitos hijos de Santo Domingo de Guzman, que tienen en Santo Tomás su más preclara y legitima gloria, no podian ménos de ocupar hoy puesto de honor en esta cruzada de la ciencia y la virtud; y en medio de nosotros está, como pastor de nuestras almas, el digno representante de su doctrina y de su espíritu. Sigamos sus pasos; secundemos con él las miras del inmortal Pontífice, cada cual en su esfera respectiva, y así contribuiremos al bien de la sociedad en la medida de nuestras fuerzas.

Y alimentando nuestra inteligencia con la doctrina del Doctor Angélico, y nuestro corazón con sus ejemplos, llegaremos algún día á saciarnos plenamente en el conocimiento y amor de la *Sabiduría increada*, en lo que consiste la vida eterna, como enseña el Divino Maestro Jesucristo nuestro Señor.

HE DICHO.

A. M. D. G. ejq. M. M.